

—Fué el conde Eustaquio del Castillo Negro.

—¡Mentira! gritó furioso el coronel. Un caballero, un hidalgo no puede ser autor de tales crímenes.

—Ya veo que V. no conoce al conde. Oiga usted, coronel: lo que dije es exacto y puede V. comprobarlo cuando guste. El conde del Castillo Negro es un hombre áspero, cruel aún en tiempos más felices; pero últimamente se ha vuelto terrible, desde la muerte de su hijo ¿sabe usted? Su hijo servía á las órdenes de Donay, fué hecho prisionero y murió al tratar de fugarse de Alemania. Era su hijo único y todos creímos que la noticia había trastornado el juicio al conde. Con sus aldeanos va siguiendo los movimientos de los alemanes. No sé cuántas docenas ha despachado ya, pero es él quien graba una cruz de San Andrés (*) en la frente de los muertos, como para marcarlos con su blasón».

Era cierto. Los centinelas asesinados tenían todos en el entrecejo una cruz grabada con la punta de un cuchillo de caza. El coronel desarrugó el ceño y recorrió con el dedo índice el mapa extendido sobre la mesa. «El Castillo Negro dista á lo sumo cuatro leguas», dijo.

—Tres y un kilómetro, coronel.

—¿Conoce V. el lugar?

—He ido muchas veces.

El coronel von Gramm tiró del cordón de la campanilla.

—Que den de comer á este hombre y le detengan, dijo al sargento.

—¿Por qué me detienen, coronel? No sé nada más.

—Usted nos servirá de guía.

—¡De guía! Pero ¿y el conde? ¡Oh! si caigo en sus manos!... Ah! coronel!

El jefe le hizo seña de que podía retirarse.

Que venga inmediatamente el capitán Baumgarten, añadió, dirigiéndose al sargento.

El oficial que acudió á recibir órdenes era de mediana edad, de fuertes mandíbulas, ojos azules, bigote rubio y retorcido y tez de color de ladrillo, excepto en la parte protegida por el casco, la cual era de una blancura ebúrnea. Cogíale todo el cráneo una enorme calva tan lisa y brillante, que detrás de él sus subalternos se divertían en atusarse los mostachos mirándose en ella como en un espejo. Como soldado era cachazudo, pero leal y valiente. Su jefe podía confiarle cualquiera empresa en que otro oficial más audaz hubiera corrido peligro.

—Usted se dirigirá esta noche al Castillo Negro, capitán. Se le dará un guía. Arrestará V. al conde y le traerá aquí.

Si tratan de arrebatárselo, fusílelo inmediatamente.

—¿Cuántos hombres debo llevar, coronel?

—Estamos rodeados de espías, y por consiguiente es preciso echarle la garra antes que advierta que le seguimos la pista. Un destacamento numeroso llamaría la atención; mas, por otra parte, no debe V. exponerse á ser degollado.

—Puedo marchar hacia el Norte, coronel, como para reunirme con el general Goeben, y luego cruzaré por el camino señalado en ese mapa y llegaré al Castillo Negro antes que se enteren de nuestra marcha. Con veinte hombres me parece...

—Perfectamente, capitán. Espero ver á V. de regreso con su prisionero mañana por la mañana.

* * *

Aquella fría noche de diciembre salió de Andelys el capitán Baumgarten con sus veinte prusianos, y después de seguir dos millas por el camino real hacia el noroeste, torció bruscamente y marchó á toda prisa por una vereda angosta y llena de baches. Caía una lluvia menuda y helada que agotaba los corpulentos álamos y producía un prolongado murmullo á ambos lados del sendero.

A la cabeza de la columna iba el capitán con Moser, sargento veterano, quien llevaba asido de la muñeca al aldeano francés, advertido ya de que en caso de una emboscada la primera bala sería para él. Detrás de ellos avanzaban en la oscuridad los veinte soldados, arrojando la lluvia y chapoteando en el lodo. El objeto de su misión les infundía nuevos alientos, pues estaban furiosos por el asesinato de sus camaradas. Bien comprendían que la empresa correspondía á la caballería, pero toda ésta se hallaba ocupada en las avanzadas, y por otra parte parecía más natural que el regimiento vengase la muerte de sus propios soldados. Eran cerca de las ocho cuando salieron de Andelys. A las once y media el guía se detuvo en un sitio en donde dos altas columnas, coronadas de un blasón de piedra, flanqueaban una pesada verja de hierro. El muro en el cual se apoyaba se había desmoronado; pero la enorme verja se mantenía aún erguida en medio de las zarzas y malezas que crecían al pie.

Los prusianos la evitaron haciendo un rodeo, y penetraron en una sombría y larga calle de robles, alfombrada todavía con las hojas del último otoño. Al extremo de la alameda hicieron alto y exploraron el terreno. Enfrente de ellos se alzaba la negra mole del castillo, platea-

(*) La cruz de San Andrés tiene esta forma X

da á trechos por la luna que en aquel momento apareció entre dos cortinas de nubes. El edificio tenía la forma de una L, con una puerta baja y abovedada y varias hileras de ventanillas semejantes á las portas abiertas de un buque de guerra. Estaba coronada por un techo negro; flanqueado de torreoncillos salientes, y se destacaba silencioso, iluminado por la luna, en el fondo oscuro de un cielo cubierto de nubarrones desgarrados. Solamente una luz brillaba en una de las ventanas inferiores.

El capitán dió en voz baja sus órdenes: unos soldados se deslizaron hacia la puerta principal, otros fueron á vigilar la fachada posterior y otros los costados. El y el sargento se acercaron de puntillas á la ventana iluminada.

La habitación que se ofreció á su vista era reducida y pobremente amoblada. Un viejo en traje de criado estaba leyendo un mugriento papel á la luz de una vela medio derretida. Estaba recostado en una silla de madera, con los pies sobre un cajón, y tenía á su lado sobre un banquillo una botella de vino blanco y un vaso lleno hasta la mitad. El sargento empujó la vidriera con su fusil de aguja y el hombre se puso en pie, lanzando un agudo chillido.

—Silencio, ó eres muerto. La casa está cercada y no puedes escapar. Vé á abrir la puerta, ó si no ¡pobre de tí cuando entremos!

—¡Por amor de Dios, no tiréis! Voy á abrir! Voy á abrir!

El viejo salió corriendo del cuarto, con el papel aún en la mano. Un momento después, con un rechinar de cerros enmohecidos y un chirrido de barras de hierro, se abrió la puerta baja y los prusianos penetraron en el embaldosado zaguán.

—¿Dónde está el conde Eustaquio?

—¿Mi amo? Salió, señor.

—¿A estas horas? ¡Cuidado con mentir!

—Es cierto, señor. Anda afuera.

—¿Dónde?

—No sé.

—¿Qué anda haciendo?

—No puedo decirlo. No, es inútil que amartille V. el revólver, caballero. Puede V. matarme, pero no hacerme decir lo que ignoro.

—¿Sale á menudo el conde á estas horas?

—Muchas veces.

—¿A qué hora regresa?

—Al amanecer.

El capitán lanzó un juramento en alemán. La jornada había sido, pues, inútil. Eran tan verosímiles aquellas respuestas, que el capitán ya las había previsto.

Pero á lo menos era preciso registrar

la casa para acabar de convencerse. Dejando un piquete en la puerta y otro detrás del castillo, el capitán y el sargento siguieron al mayordomo: la vela que éste llevaba en su trémula mano proyectaba extrañas sombras que revoloteaban sobre los viejos tapices y los cielos rasos de encina.

Registraron toda la casa, desde la enorme y embaldosada cocina del entresuelo, hasta el vasto comedor del segundo piso, con su galería para los músicos y sus artesones ennegrecidos por los años; pero en ninguna parte encontraron alma viviente, excepto la anciana María, esposa del mayordomo. El conde no tenía otros sirvientes.

Mucho tiempo invirtió el capitán von Baumgarten en cerciorarse de que el propietario estaba ausente, pues la casa era difícil de registrar. Angostas escaleras por las cuales no podía subir á la vez más de una sola persona, comunicaban entre sí una serie de tortuosos corredores. Los muros eran tan espesos que no había aberturas entre una habitación y las contiguas, provistas todas de enormes chimeneas. Las ventanas exteriores tenían seis pies de espesor.

El capitán hirió el suelo con el pie, golpeó las paredes con el puño de la espada, arrancó las cortinas. Nada. Si había algún escondite, no fué bastante afortunado para dar con él.

—Tengo una idea, dijo por fin en alemán al sargento: ponga V. centinelas á este individuo para que no pueda comunicarse con nadie.

—Muy bien, capitán.

—Aposte cuatro hombres á la entrada y otros cuatro detrás del castillo. Es muy probable que antes del alba vuelva el pájaro al nido.

—¿Y los demás, capitán?

—Que vayan á cenar á la cocina. Haga que este sujeto les sirva carne y vino. La noche está muy fría, y la pasaremos mejor aquí dentro que en campo raso.

—¿Y usted, capitán?

—Cenaré en el comedor. Hay leña y tendré buen fuego. Avíseme inmediatamente si ocurre alguna novedad. ¿Qué puede V. darme para cenar, amigo?

—¡Ay, señor! En otro tiempo podía haber contestado «lo que V. quiera»; pero ahora apenas puedo ofrecer una botella de burdeos y un pollo fiambre.

—Perfectamente. Sargento, haga custodiar á este hombre y que le atraviesen con las bayonetas si trata de jugarnos una mala partida.

El capitán, guerrero experimentado, había aprendido en sus anteriores campañas como la de Bohemia, el arte de instalarse cómodamente en casa del enemigo. Mientras el mayordomo le traía la



Licenciado don Alberto Echandi
Ministro de Hacienda

NUEVO MINISTRO

DENOSA y difícil fué la gestión del señor don Oscar F. Rohrmoser en el Ministerio de Hacienda, durante los últimos seis meses. Se conjuraron contra el país los desastres de las líneas férreas, que interrumpieron el tráfico y las malas cosechas. Fué como una conjunción de astros adversos. Ningún economista puede contar con los accidentes imprevistos de la Naturaleza.

El señor Licenciado don Alberto Echandi, por acuerdo de 28 de mayo próximo pasado, asumió las Carteras de Hacienda y Comercio. El patriotismo y su amistad con el señor Licenciado don Cleto González Víquez le han obligado á prescindir de sus negocios personales—productivos por cierto—y á echar sobre sus hombros una empresa muy ardua. Le abonan sus antecedentes de honradez acrisolada, su laboriosidad, su perseverancia y su competencia. Perentorio es el tiempo de que dispone. Hay que tomar cuenta que los males económicos no se cortan de un solo golpe, como Alejandro de Macedonia rompió el Nudo Gordiano.

Desde luego, imaginamos que el nuevo Ministro de Hacienda comenzará por hacer economías y equilibrar las entradas con las salidas.

Su obra en el Ministerio de Comercio será más fácil.

No obstante los malos vientos que soplan, el Licenciado Echandi tiene inteligencia y energías para llegar á un buen puerto.

cena, se ocupó en hacer sus preparativos para pasar agradablemente la noche. Primero encendió las diez velas del candelabro que estaba en el centro de la mesa. En la chimenea ardía ya un buen fuego, chisporroteando alegremente y lanzando bocanadas de humo azul y acre. El capitán se dirigió a la ventana y miró al través de los cristales. La luna se había ocultado, y la lluvia continuaba con más fuerza. Al oír el mugido del viento y al mirar el oscuro perfil de los árboles cuyas copas se inclinaban en una misma dirección, el capitán no pudo menos de pensar con deleite en su abrigado alojamiento y en el pollo y el vino que el mayordomo acababa de dejar sobre la mesa. Estaba cansado y hambriento: dejó sobre una silla la espada, el casco y el cinturón con el revólver, y se puso a cenar vorazmente. Luego, con el vaso lleno delante y el cigarro en la boca, se recostó en la silla y miró en torno suyo.

Estaba sentado en el centro de un círculo de luz que hacía centellear sus hombreras de plata y resaltar su rostro bermejo, sus espesas cejas y su bigote rubio; pero más allá de ese círculo, los objetos del vetusto salón se dibujaban vaga y sombriamente. Dos de las paredes eran de encino, y las otras dos estaban cubiertas de tapices descoloridos que representaban escenas de caza. Sobre la chimenea se veía una hilera de escudos de armas con los blasones de la familia, y en cada uno de ellos, en relieve, aquella fatal cruz de San Andrés.

Enfrente de la chimenea había cuatro retratos de antiguos señores del Castillo Negro, personajes de nariz aguileña y de rostro altanero, tan semejantes entre sí, que sólo por el traje era posible distinguir al Cruzado del caballero de la Frontera.

El capitán Baumgarten los contempló al través del humo de su cigarro, con la mirada soñolienta del hombre que ha cenado bien, meditando sobre el extraño azar que le había traído desde la costa del Báltico hasta la mansión señorial de aquellos altivos hidalgos normandos. Al amor de la lumbre, los ojos del capitán se fueron entornando: dobló poco a poco la barba sobre el pecho y por último las diez bujías iluminaron la blanca y espaciosa calva.

Súbitamente un ligero ruido le hizo levantarse sobresaltado. Por un momento creyó, adormilado todavía, que uno de los retratos se había desprendido de la tela. Allí, al lado de la mesa y casi al alcance de su mano estaba un hombre corpulento, silencioso, inmóvil, que habría podido confundirse con una estatua si no fuera por el terrible fulgor de sus ojos. Tenía la barba y el pelo negros, la tez

morena, y una nariz altanera que parecía dominar todas sus facciones. Sus mejillas estaban cubiertas de arrugas como una manzana vieja; pero sus poderosos hombros y sus huesosas y nervudas manos revelaban un vigor que los años no habían podido debilitar.

Con los brazos cruzados sobre el arqueado pecho, sonreía tranquilamente.

—No se moleste en buscar sus armas, dijo al ver que el prusiano dirigía una rápida mirada a la silla vacía en la cual las había dejado. Permítame que le diga que ha andado V. algo indiscreto, al instalarse con tanta confianza en una casa cuyas paredes están llenas de pasadizos secretos.

De fijo le divertirá saber que cuarenta hombres han estado viéndole cenar. ¡Eh! ¿Qué es eso?

Von Baumgarten había dado un paso adelante con los puños cerrados en actitud amenazadora.

El francés le apuntó con el revólver que tenía en la mano derecha, mientras con la izquierda arrojaba al alemán sobre la silla.

—Sírvase tomar asiento, dijo, y no se inquiete por sus soldados, pues tienen ya lo que necesitan.

Es admirable cómo estos pisos de piedra impiden oír lo que pasa abajo. V. ha sido despojado del mando y no debe preocuparse más que de su persona. ¿Tendría V. la bondad de decirme su nombre?

—Soy el capitán von Baumgarten del 24º de Infantería Prusiana.

—Habla V. bien el francés, aunque propende, como casi todos sus compatriotas, a cambiar la *p* en *b*.

¡Cuántas veces me he divertido oyéndolos gritar «*ayez bitié sur moi*», (tenga compasión de mí)!

V. sospecha sin duda quién soy yo.

—El conde del Castillo Negro.

—Exactamente. Y habría sido una desgracia que V. abandonara mi castillo sin haber conocido a su dueño.

Hasta ahora había tenido que ver con muchos soldados alemanes, pero no con un oficial. Tengo mucho que contar a V.

El capitán no se había movido de la silla. Aunque era valiente, había en los modales de aquel hombre algo que le llenaba de aprensión y le daba escalofríos. Miró a derecha e izquierda, pero sus armas habían desaparecido y era inútil intentar una lucha cuerpo a cuerpo con tan gigantesco adversario.

El conde miró al trasluz la botella de burdeos.

—¡Toma! exclamó. ¿Y esto fué lo mejor que Pedro se atrevió a servirle? Estoy verdaderamente avergonzado. Es menester reparar esa falta de cortesía.

Llevó a los labios un silbato que col-

gaba de su chaqueta de caza, y al punto apareció el viejo mayordomo.

¡Chambertin marca número 15! dijo; y un minuto después estaba sobre la mesa una botella oscura, cubierta de telarañas. El conde llenó dos vasos hasta los bordes.

—Beba V., dijo: es el mejor de mi bodega, y entre Rouen y París no hay otro que pueda compararse. Beba V. caballero, ¡salud! Abajo hay algunos fiambres y dos langostas frescas de Honfleur. ¿Aceptaría V. una segunda cena algo más sustanciosa que la primera?

El prusiano movió negativamente la cabeza; sin embargo, apuró el vaso que el conde se apresuró a llenar de nuevo, instándole al mismo tiempo para que aceptara algún rico bocado.

—Todo lo que hay en mi casa está a la disposición de V.; no tiene V. más que ordenar. ¿No? Bien: pues entonces, mientras toma el vino, permítame referirle una historia. ¡Cuánto tiempo hace que deseo contársela a algún oficial alemán! Es la de mi Eustaquio, mi hijo único, que fué hecho prisionero y murió al tratar de escaparse. Es una curiosa historia y tengo motivos poderosos para creer que V. no la olvidará en todos los días de su vida.

Mi hijo era artillero, capitán: era un muchacho muy hermoso, orgullo de su madre. La pobre murió una semana después de haber recibido la fatal noticia.

Un oficial que acompañó a mi hijo en el cautiverio y que, más afortunado que él, logró evadirse, nos refirió los detalles que voy a repetir a V.

Eustaquio cayó prisionero en Weissemburgo el 4 de agosto. Los franceses capturados, divididos en dos columnas, fueron enviados a Alemania por diferentes caminos. Eustaquio llegó el día 5 a la aldea de Lautemburgo, donde fué tratado amablemente por el jefe alemán. Aquel bondadoso coronel obsequió a mi hijo con lo mejor que tenía, le dió de cenar, destapó una botella de buen vino, como acabo de hacerlo yo ahora, y le ofreció un puro de su petaca. ¿Quiere V. tomar uno de la mía?

El alemán sacudió otra vez la cabeza. Aquella invariable sonrisa y aquellos ojos fulgurantes aumentaban el horror que sentía por su extraño compañero.

—El coronel, como iba diciendo, se mostró bueno con mi hijo; mas por desgracia al siguiente día los prisioneros fueron trasladados a Etlingen, en donde no fueron tan afortunados, pues el oficial encargado de su custodia era un rufián, un villano, capitán Baumgarten. Aquella noche, como mi hijo contestara altivamente sus improperios, le dió un puñetazo en un ojo. ¡Así!

El tremendo golpe resonó en toda la sala. El prusiano dobló la cabeza, se llevó la mano a la frente y la sangre le corrió por entre los dedos. El conde se sentó de nuevo.

—Mi hijo quedó desfigurado, y aquel canalla se burló de él despiadadamente. A propósito, capitán, también V. presenta ahora un aspecto bastante cómico. ¿Qué va a pensar su coronel cuando le vea? Sigamos. La juventud y el desamparo de mi hijo movieron a compasión a un bondadoso comandante, el cual le prestó sin garantía de ningún género diez luises. Recíbalos V., capitán Baumgarten, ya que ignora el nombre del generoso prestador. Con todo mi corazón agradezco aquel servicio hecho a mi hijo.

El infame déspota que mandaba la escolta acompañó a los prisioneros hasta Durlach y de allí a Carlsruhe, colmando de injurias a mi hijo, por cuanto éste, activo como todos los de su raza, no ocultaba su indignación ni se doblegaba ante su verdugo. ¡Ay!, aquel cobarde, cuyo corazón arrancaré algún día con esta mano, se atrevió a abofetear a mi hijo, a darle de puntapiés, a arrancarle los cabellos, a maltratarle así... así... así!

El prusiano quiso defenderse, luchar: no era posible librarse de aquel gigante que descargaba sobre él una lluvia de golpes. Cuando, al fin, aturrido y casi desmayado logró levantarse, fué para ser arrojado de nuevo sobre el sillón de roble. El capitán sollozó de rabia impotente y de vergüenza.

El pobre muchacho vertió muchas lágrimas al verse humillado y maltratado, continuó el conde. Ya V. podrá comprender ahora cuán doloroso es verse a merced de un enemigo insolente y despiadado. En Carlsruhe, sin embargo, un joven militar bávaro, compadecido de su desgracia, le vendó las heridas del rostro. Veo con pena que también a V. le sangra un ojo. ¿Permite V. que se lo vende con mi pañuelo de seda?

El alemán apartó violentamente la mano del conde. «Estoy en tu poder, monstruo», exclamó; puedo soportar tus brutalidades, pero no tu hipocresía.

El conde se encogió de hombros.

Estoy narrando las cosas en el orden en que sucedieron, dijo: había jurado contárselas al primer oficial alemán que encontrase. Sigamos. Habíamos quedado en lo del joven bávaro de Carlsruhe. Lástima que V. no me permita poner en práctica mi habilidad como cirujano. En Carlsruhe permaneció mi hijo encerrado en un cuartel durante quince días, sufriendo las groseras burlas de la guarnición, cuando se asomaba por las tardes a la ventana de su encierro. Esto me recuerda que V. tampoco se halla en un

lecho de rosas, capitán ¿verdad? Vino V. á cazar un lobo, amiguito, y ahora la fiebra le tiene á V. debajo y le aplica los colmillos al cuello. ¿Es usted casado, según parece? Vamos, una viuda más importa poco: las mujeres vuelven á casarse pronto. ¡No te muevas de la silla, perro!

Continúo. Al cabo de dos semanas mi hijo logró escaparse con un camarada. No quiero cansar á V. con el relato de los peligros que corrieron y de las privaciones que experimentaron, disfrazados con los trajes de dos campesinos á quienes despojaron en un bosque. Ocultándose de día y viajando de noche llegaron á Francia por Remilly, y les faltaba una milla, ¡una sola milla, capitán!, para atravesar las líneas alemanas, cuando cayó sobre ellos una patrulla de hulanos. Cosa terrible, ¿no es cierto?, después de tantas fatigas y cuando miraban tan próxima su salvación!

El conde tocó dos veces el silbato y tres campesinos de aspecto feroz penetraron en la sala.

—Estos serán mis hulanos, dijo. Bien: el jefe de la patrulla, viendo que los fugitivos eran soldados franceses disfrazados de paisanos dentro de las líneas alemanas, mandó colgarlos sin fórmula de juicio. Me parece, Juan, que la viga del centro es la más fuerte!

El desgraciado prusiano fué arrastrado desde la silla hasta el lazo corredizo que colgaba de una de las enormes vigas que sostenían la techumbre del salón; el dogal cayó sobre sus hombros y el nudo le oprimió el cuello. Los tres campesinos asieron el otro extremo de la cuerda y miraron al conde, en espera de sus órdenes. El capitán, pálido, pero sereno, se cruzó de brazos y lanzó una mirada de desafío á su verdugo.

—Se halla V. ahora en presencia de la muerte, y por el movimiento de los labios adivino que está V. rezando. Mi hijo también se vió en presencia de la muerte y también rezó. Pero sucedió que se acercó á aquel sitio un general prusiano y oyendo al joven consagrar el último recuerdo á su madre, se conmovió tanto—pues él también tenía hijos—que alejó á los hulanos y se quedó con su edecán al lado de los prisioneros. Y cuando oyó la historia del mozo y supo que pertenecía á una antigua familia y que su madre estaba muy enferma, le quitó la cuerda del cuello, como le quito yo á V. ésta, le besó en ambas mejillas, como le beso yo á V. ahora, y le puso en libertad, como le pongo yo á V.; y quiera el cielo que las bondades de aquel noble general, que no pudieran por desgracia librar á mi hijo de la fiebre que le llevó á la tumba, caigan ahora como una bendición sobre la cabeza de V.»

Así fué como el capitán Baumgarten, desfigurado, ensangrentado, casi ciego, salió de allí tambaleándose, azotado por el viento y por la lluvia de aquella espantosa mañana de diciembre.

Bartolomé Carbajal y Rosas

SEMBLANZA

Pronto hará un año que se encuentra en Costa Rica este joven y distinguido diplomático.

Su figura es arrogante y varonil como la de los caballeros florentinos que tan magistralmente describe Jean Lorrain.

Su cerebro, enriquecido con profundas investigaciones científicas y artísticas, merece un análisis de Saint Beuve.

Reune en perfecta armonía altos ideales de patriota, concepciones de poeta y la disciplina de un veterano.

Muy joven, á la edad de treinta y tres años, por sus propios merecimientos, llegó á la posición que hoy ocupa.

En todo el curso de su brillante carrera tiene páginas honrosas.

Pero, es en el Brasil, en el Tercer Congreso Científico Latino-Americano, en 1905, y en la Tercera Conferencia Pan-Americana, en 1906, donde sus trabajos revelaron un talento superior que llamó la atención de sus jefes y colegas.

Se puede afirmar que posee un conocimiento exacto de los países que ha recorrido. A cada pueblo da lo suyo en estricta justicia. En él no caben los prejuicios.

Si le dedicó á los países de Europa y América un estudio especial, sus investigaciones en la República del Plata—ese país portentoso, que encierra el porvenir de la Raza Latina—denotan una labormás intensa.

México, que dispone de diplomáticos de carrera, cuenta en él con un criterio valioso, para sus relaciones con las Repúblicas Sud-Americanas del Atlántico y en particular en todo

nacido el 12 de setiembre de 1875; Licenciado en Leyes; Meritorio supernumerario, 3 de marzo de 1898; de planta, 22 de julio de 18,8; adscrito á la Redacción del *Boletín Oficial*: Oficial cuarto Bibliotecario por oposición, 28 de julio de 1900; Traductor de inglés en la Secretaría de la 2ª Conferencia Internacional Americana que se reunió en México en 1901; Segundo Secretario de la Legación en las Repúblicas de Sud América (lado del Atlántico), 13 de mayo de 1902; Primer Secretario, Encargado de Negocios *ad interim*, en Buenos Aires, 23 de febrero de 1905; Primer Secretario, Encargado de Negocios *ad interim*, en Río de Janeiro, varias veces; Delegado de México al 3er. Congreso Científico Latino-Americano que se reunió en Río de Janeiro en agosto de 1905; Secretario de la Delegación Mexicana á la Tercera Conferencia Internacional Americana, que se reunió en Río de Janeiro en 1906; Primer Secretario de la Legación en Bélgica y los Países Bajos, junio 24 de 1907; Ministro Residente en Costa Rica y Nicaragua, mayo 13 de 1908.

«Boletín Oficial de la Secretaría de Relaciones Exteriores, mes de julio de 1909.»



Excmo. Sr. don Bartolomé Carbajal y Rosas
Ministro Residente de los Estados Unidos Mexicanos
en Costa Rica y Nicaragua

lo que atañe á los problemas pendientes en los Congresos Pan-Americanos.

**

Carbajal y Rosas es poeta. Allá en los albores de su juventud ofició de sacerdote en el templo de Apolo. Le anima el fuego divino de la inspiración y sus versos son bien cincelados. Recordamos entre otras composiciones suyas una, *A mis novias*, con la que algún día honraremos las páginas de esta Revista.

Mientras que para otros poetas mexicanos—y de otras partes de América—la diplomacia es un incentivo para cultivar la poesía, ignoramos por qué causas en él pasa todo lo contrario.

¿A qué obedece su silencio? ¿Reservará sus producciones para otra época?

Es un misterio.

**

En el corazón y en el alma de Carbajal y Rosas hay algo que sobrepaja á la ciencia y el arte: su patriotismo.

La generalidad de los mexicanos saben de su Patria lo que tienen á la vista. El ha tenido otros focos para la visión.

Examina á México desde fuera, haciendo un estudio comparativo con las naciones extranjeras.

Este amor presenta en él dos aspectos: uno sentimental y otro científico. El primero le hace amar las glorias del pasado, como Cuatemoc, los héroes de la Independencia y los héroes de la defensa nacional contra los invasores extranjeros. El segundo le obliga á investigar seriamente algunos problemas sociales de vital trascendencia, que cuanto antes deben tener una solución para el porvenir de México. Entre esos problemas ninguno tan aterrador como el de la embriaguez y el pulque. Se necesita extinguir un vicio que corroe las entrañas nacionales y reemplaza

zar la fabulosa riqueza del cultivo del pulque con otra fuente de producción que sirva para el bien y no para el mal.

Lo que repugna á sus ideales de perfección quiere que desaparezca, pero sin dañar derechos adquiridos.

Este solo problema requiere aliados de titanes.

**

Qué prosiga sus estudios de arte el poeta, que se ciña nuevos lauros en la carrera diplomática y que alcance á contemplar, aunque sea desde las alturas del Monte Moria, la solución de los problemas que han de salvar á México!

Héroes sin Historia

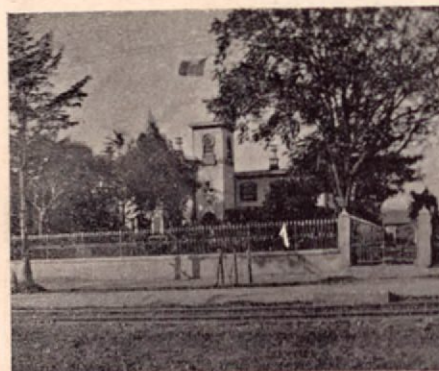
Muchos hombres hay que dieron su vida por la Patria, otros que la sacrificaron á un concepto falso ó verdadero del honor, otros que sucumbieron en persecución de un noble ideal, de ciencia ó de belleza. ¿Pero quién, por ventura, decidió, murió por salvar á un niño?

¡Un niño es un algo tan pequeño, y en su pequeñez tan grande, junto á la patria, junto á la ciencia, junto al arte!...

De la vulgaridad ambiente, al correr de la vida, en el mar que si ofrece tempestades, muestra también brumadoras calmas; de la existencia que se desliza en torno, raras veces surgen y se imponen, á la admiración pasajera de un día, los héroes, los que levantándose por encima de las propias conveniencias, sacrifican su bienestar, su felicidad, su vida misma, en favor de los otros. ¡Hay tanto egoísmo y miseria tanta!...

Son los héroes sin historia los que, ocupando la atención popular por un breve, por un fugaz instante, se hunden mañana en el olvido y en la sombra, á pesar de ser quizá más grandes dentro de su humilde y de-

LEGACIÓN DE MÉXICO EN COSTA RICA



Vista general del edificio de la Legación



Uno de los jardines



El Ministro y el 1.^{er} y 3.^{er} Secretarios



Don José F. Godoy G.,
3.^{er} Secretario de la Legación



Don Jesús Carbajal,
Secretario Privado del Ministro

sinteresada grandeza, que otros muchos cuyo recuerdo consagró el mármol, ó la página histórica, ó la fama que va de generación en generación, de padres á hijos, llenándolo todo y rodeando al paladín de una aureola gloriosa de respeto.

La acción nobilísima del joven español José Pérez, quien, por salvar la vida de dos infelices niños, arrojó las iras del mar en Veracruz y en su arrojo perdió la vida, es de las que por sí solas consagran á un hombre como sér superior en la escala divina del sentimiento. Ese hombre joven, lleno de vida, de ilusión y de esperanza, que desapareció entre las olas en su ansia de librar la pobre, la pequeña vida de un chicuelo, símbolo es el más bello de la piedad humana.

Ni siquiera encontró la tumba que los dolientes cubren de rosas, las mañanas de sol, y la noche de claridad de luna; un grande, un inmenso sepulcro hallaron sus despojos: el mar...

Que su infortunio heroico sirva de veneración y de ejemplo!

Política centroamericana

La Corte de Cartago
y el «Diario de Centro América»

II

Al Presidente de Nicaragua atribuye don Ricardo Contreras la obra del descrédito, contra la mayoría de la Corte. Según aquél, la prensa de Costa Rica, de la cual se han valido «los emigrados guatemaltecos de más viso» trasladados al efecto á este país, insultan á los tres Magistrados que dictaron el fallo, y se esfuerzan en demostrar que éste es nulo, para desprestigiar al Tribunal.

La alusión á mi persona, por ser yo el único emigrado guatemalteco que ha escrito en *La Información* sobre

la Corte de Cartago, es demasiado transparente para que la deje sin réplica, en lo que á mí concierne. Ciertamente, yo acepto el cargo, si puede haberlo en mis escritos de *La Información*. Pido á Centro América un juicio comparativo entre la conducta del señor Contreras y la mía. El escribe, mediante paga, en favor de tres jueces que—por móviles que no son para tratados ahora, pero que nada tienen de elevados—desprestigiaron, en su principio, un tribunal de arbitraje, que, aunque manchado con el pecado de su origen, cuando menos no estaba difamado con la nota del ridículo. Yo, emigrado, como dice el Sr. Contreras, sin conexiones con ningún Gobierno ni presupuesto, llego á Costa Rica, los procedimientos de la Corte arbitral de Cartago, institución de carácter centroamericano á la cual tengo derecho de juzgar, provocan mi indignación, y publico mis juicios, que son reproducidos con aplauso en periódicos tan sesudos como *El Tiempo*, de México, y en otros de Centro América. Y, fenómeno raro, que agradecería al señor Contreras me explicase: en Costa Rica, país de amplísimas libertades, y, sobre todo, de irrestricta libertad en la prensa; en Costa Rica, cuyo foro cuenta con juriconsultos á quienes se haría una ofensa comparándolos con el Doctor Contreras, de quien en Guatemala dicen que su título es *supletorio*, otorgado por el General Rufino Barrios; en Costa Rica, vuelvo á decir, no ha habido un solo abogado que combatiendo las afirmaciones mías publicadas en *La Información*, se ponga á la defensa de los Magistrados de la mayoría de la Corte, y eso que el blanco principal de mis censuras, por caberle mayor responsabilidad, era un costarricense, el señor Astúa Aguilar.

Me acusa el señor Contreras de haber emitido estos juicios personales: «Bocanegra es un instrumento del tirano de Guatemala; y Gallegos un conservador hipócrita al servicio

de quien mejor le paga». No recuerdo haber emitido esos juicios, al menos en frase tan enérgica y expresiva. Juzguen los guatemaltecos respecto del señor Bocanegra, y los salvadoreños respecto del señor Gallegos, si las apreciaciones anteriores, tan bien condensadas por el señor Contreras, que no por mí, están ó nó justificadas por los antecedentes de los caballeros aludidos.

El articulista del *Diario de Centro América* agrega: «Y entre tanto que los malos gobiernos y los malos hijos de Centro América vierten riadas de lodo sobre la reputación y la autoridad moral de los Magistrados del único Tribunal de Paz que existe en el mundo para impedir el uso de la fuerza en las contiendas entre naciones, el Secretario Root elogia la alta imparcialidad del Tribunal y califica en los términos más lisonjeros su fallo, y los Gobiernos de Estados Unidos y Venezuela proyectan someter todas sus diferencias á su resolución».

El señor Contreras puede decir todo eso para sus lectores encerrados en esa gran cárcel que se llama Guatemala, á quienes el régimen del señor Estrada Cabrera mantiene incomunicados con el mundo exterior. Pero, fuera de las murallas de aquella China de Centro América, las aseveraciones del señor Contreras sólo provocan risa, porque se hallan en pugna contra lo que todo el mundo sabe.

Tengo en mi poder aviso de un abogado de Venezuela, á donde llegaron oportunamente el supuesto fallo de la Corte de Cartago y los escritos sobre la conducta de este Tribunal, publicados en *La Información*, aviso según el cual el gobierno de la Casa Amarilla jamás aceptará el Tribunal de Cartago para decidir las cuestiones venezolanas con los Estados Unidos, ni con Holanda, ni con nadie.

Contreras nos habla del ex-Secretario Root, como quien pretende ame-

drentar con el *coco* á una turba de chiquillos malcriados. Pues sepa el señor Contreras que una alta personalidad del mundo diplomático, hallándose en Washington, escuchó, de boca de Root, expresiones nada halagadoras para la Corte de Justicia Centroamericana; y sepa, además, el señor Contreras, que si al principio de las negociaciones entre los Estados Unidos y Venezuela, sobre sumisión de las cuestiones á arbitraje, hubo la idea de designar como árbitro á la Corte de Cartago, más tarde, cuando se conocieron en Washington los procedimientos de la Corte, censurados por cinco juriconsultos americanos, el Departamento de Estado decidió proponer como tribunal de arbitraje á la Corte permanente de La Haya, que será el ilustrado juez de la controversia américo-venezolana.

A. SKINNER KLÉE

Rectificación

Por un error involuntario aparecieron en nuestro número último los retratos del Coronel don Eduardo Calsamiglia y su esposa doña Celia Blen como fotografías de Paynter. En justicia debemos consignar que, los retratos á que nos referimos, proceden de la Fotografía Robert.

Notas bibliográficas

Hemos recibido:

El número 18 de *La Novela de Ahora*, que publica *El héroe y el César*, original de don Florencio Luis Parreño, profusa y artísticamente ilustrada por Evaristo Barrio.

Esta interesante obra describe hechos culminantes de los tiempos heroicos, cuando los Comuneros vencidos en Villalar se acogieron á la generosidad del Emperador Carlos I, cuya política guerrera habían de secundar más tarde dando lauros y esplendor á las armas de Castilla. El protagonista de la narración, el joven y valeroso Conde de Santomera, en quien se condensan todas las virtudes caballerescas, encenderá en épico entusiasmo á los lectores, que no podrán

menos de rendir un tributo de admiración á sus dotes de intrepidez y sabiduría.

La Novela de Ahora se vende en todas las librerías y puestos de periódicos de España, á 40 céntimos. Mes: 1.70; trimestre: 5; año: 19 pesetas. Número atrasado: 50 céntimos. Administración: calle de Valencia, número 28.—Madrid.

El Fígaro, de la Habana, número 22, año XXV, que trae selecto material de lectura, como *Las Varitas de Virtud*, precioso artículo de Amado Nervo; poesías de Elsa, Santiago Argüello, Emiliano Hernández y Alirio Díaz Guerra; y magníficos fotograbados, entre los que descuellan una caricatura artística del General Gómez, Presidente de Cuba, los retratos de los Reyes de Holanda y la heredera del Trono, y el de Santiago Argüello.

El Trabajo, disertación leída por su autor, don Gerardo Matamoros, en el Ateneo de Costa Rica, el 15 de noviembre de 1907, al ser recibido como socio de este Centro. Gracias por el envío.

CHISPAZOS

Dame, le dije á Leonor,
un pié para un verso... Y fué

IMPRESA, PAPELERÍA, ENCUADERNACIÓN Y FOTOGRAFADO DE AVELINO ALSINA

¡AH, LOS DIENTES!

¿Quién no los necesita?

Nadie tenga miedo en cepillar su dentadura. Con ello ningún daño puede ocurrirle. En cambio, con no cepillar la, es infinito el número de quebrantos que las personas se procuran. La peor dentadura natural, estando limpia, es un millón de veces preferible á la dentadura artificial más artística. Esto lo saben de sobra los pobres tributarios del dentista. ¡Y pensar que casi todos ellos deben la ruina de sus dientes á la falta de aseo! No, es preciso que Ud. se procure un buen dentífrico y un excelente cepillo. Pida usted **Pasta, Líquido, Polvos**, lo que más le guste, con tal de que en ellos no prevelezca el perfume sobre las sustancias antisépticas que son indispensables en todo buen dentífrico. Pida Ud. los **Polvos** ó la **Pasta** ó el **Agua ALBALINA** preparados por la **BOTICA FRANCESA**, superiores á cualquier otras en su clase, y preparados con sustancias antisépticas de las más eficaces y que *no son venenosas*.

Use Ud. también los afamados **CEPILLOS ALBALINA**, que son por su calidad y estructura, el complemento de aquellos dentífricos.

Se dan muestras gratis de **PASTA ALBALINA**, en la **BOTICA FRANCESA**.

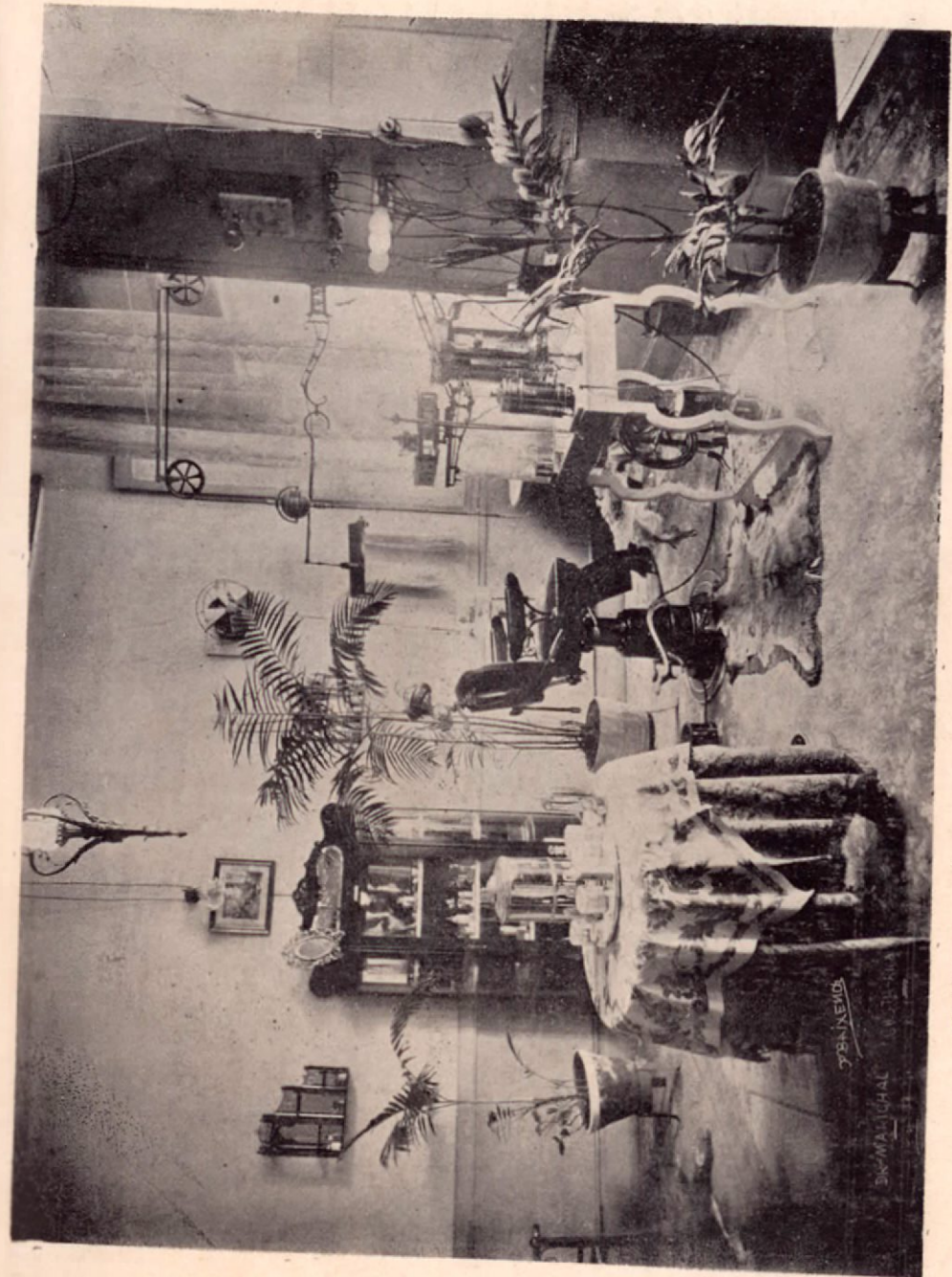
y al punto me mostró un pié que es un pequeño primor: breve, diminuto, fino, movable, gracioso, alado y, sobre todo, calzado por el hábil *Sabatino*.

HERMOSA REALIDAD

De médico, poeta y loco todos tenemos un poco, reza el dicho. Agrego yo: «pero de hábil perfumista, nadie como aquel artista de inmensa fama: *Rigaud*».

Calva pintan la ocasión y es tan sin pelo la indina, porque no gasta un colón en frotarse con *Rhum Quina*.

Donde el médico:
—Doctor... ¡me ahogo!...
—A ver; á ver. Sí, eso es grave, muy grave.
—No me asuste!
—Sí, pero, felizmente, para esa tos hay un remedio soberano, único, infalible. Corra á la *Botica del Comercio* y compre un frasquito de **VINO DE TERPINA**.

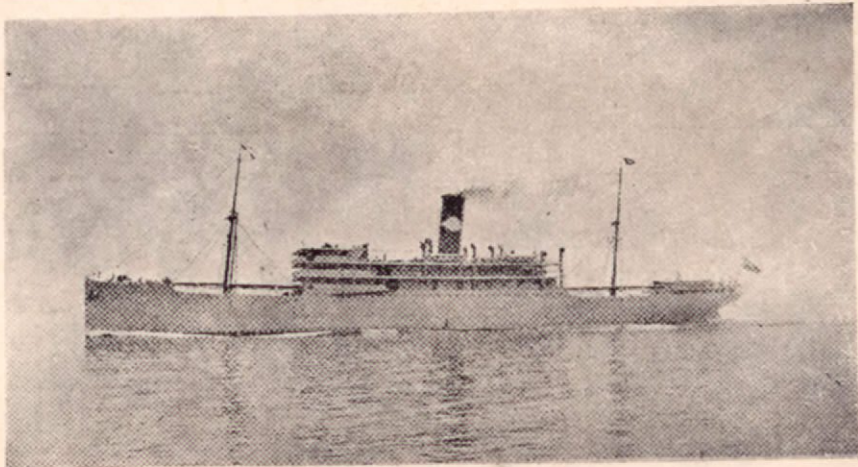


FOT. BAIXENCH
GABINETE ELÉCTRICO-DENTAL DEL DOCTOR B. MARICHAL MORA
EL MÁS CÉNTRICO Y MODERNO EN SAN JOSÉ, Y EL PREFERIDO POR LA BUENA SOCIEDAD

United Fruit Company

SERVICIO DE VAPORES

NUEVOS VAPORES ♦♦♦ NUEVO SERVICIO



VAPOR CARTAGO

Los vapores **Cartago**, **Parismina** y **Heredia**, especialmente contruídos para el servicio tropical, hacen la travesía entre Puerto Limón, Puerto Barrios y New Orleans. También hay vapores que corren semanalmente entre Puerto Limón y Boston.

Los pasajeros deben presentarse ante el Cónsul Americano en San José ó Limón, tres días consecutivos antes de embarcarse para New Orleans ó Mobile, á fin de obtener una constancia de haber permanecido en estos lugares dichos tres días.

Para informes dirigirse á las oficinas de la United Fruit Company, en San José ó Limón.

ELDERS & FYFFES LIMITED

Línea directa de vapores entre Puerto Limón (Costa Rica) y Manchester y Bristol (Inglaterra)

Los vapores de esta Línea hacen la travesía de Puerto Limón á Manchester ó Bristol en 17 días. Salen de Limón cada quincena.

Pasaje de Primera á Bristol. £ 20
Pasaje de Primera á Bristol, ida y vuelta. £ 38

A las familias que tomen 4 pasajes enteros se les concede una rebaja del 10 por ciento.

Para informes dirigirse á las oficinas de la United Fruit Co., en San José ó en Limón, y á los sub-agentes Sasso y Pirie, San José.

E. J. HITCHCOCK, Administrador.